



SALE SUHARTO

Necrológica para un tirano mediocre

En 1971, la maquinaria presidencial indonesia informaba a la población de que Suharto y su esposa planeaban construirse un mausoleo en una estribación del monte Lawu, el dormido volcán sagrado de 3.000 metros que se yergue al este de la ex ciudad real javanesa de Surakarta¹. El emplazamiento se había escogido con mucho cuidado, situada respetuosamente unos metros por debajo de las tumbas anteriores de la dinastía de los Mangkunegaran: el segundo más insignificante de los cuatros pequeños principados de Java Central instituidos por la autoridad colonial a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. La señora Tien Suharto –para entonces ya conocida popularmente como Tientje (Diez por Ciento)– reivindicaba cierta relación con la pequeña dinastía, que apenas había sobrevivido a la revolución de 1945-1949. Para Suharto, que siempre insistió en que era de simple procedencia campesina, pero de quien se rumoreaba que era hijo ilegítimo de un magnate chino, el emplazamiento representaba un avance social; y normal, ya que la hipergamia fue común entre los oficiales del ejército en la década de 1940 y después, y las familias eran tradicionalmente matrilocales. Aun así, la construcción de este caro e inaudito mausoleo para los futuros muertos tenía en sí algo de espeluznante, ya que Suharto era por aquel entonces un hombre sano de 50 años.

Visité Surakarta en la primavera de 1972, después de que la Administración de Suharto hubiera descubierto que había entrado en el país por métodos indirectos y me hubiera informado de que me deportarían. Tras varias negociaciones, me concedieron dos semanas para resolver asuntos y despedirme de los amigos. Me hice a la carretera con mi vespa y paré brevemente en Surakarta para comer en el agradable parque de atracciones de la ciudad. Por aquel entonces, los «blancos» jóvenes en vespa que también hablasen indonesio con fluidez eran una verdadera curiosidad, de modo que mi mesa estuvo enseguida rodeada de lugareños. Cuando surgió el tema del mausoleo, pregunté a mis nuevos conocidos qué les parecía. Tras un silencio incómodo, un anciano inte-

¹ Me gustaría hacer constar mi gratitud a mis amigos Ben Abel y Joss Wibisono por sus comentarios y críticas tan útiles.

ligente y flaco respondió, en javanés: «Parece una tumba china». Todos soltaron una risita disimulada. El hablante tenía dos cosas en mente: primera, que en contraste con las tumbas musulmanas, incluidas las de los grandes, que son muy sencillas, las tumbas chinas son o eran tan elaboradas y caras como los socialmente competitivos dolientes podían permitirse. En segundo lugar, en la poscolonia muchos cementerios chinos habían sido arrasados por las excavadoras para dejar sitio a proyectos de construcción de «gama alta» por el Estado y por constructores, especuladores y promotores privados.

Durante el largo mediodía de la dictadura de Suharto, desde la década de 1970 a la de 1990, al mausoleo le sucedieron tres cosas. Se llenó gradualmente, casi hasta estallar, con los restos de los familiares más o menos aristocráticos de Tientje, pero ninguno de Suharto; estaba fuertemente custodiado por una unidad de paracaidistas de los Boinas Rojas que habían organizado las enormes masacres contra la izquierda en 1965-1966; y se convirtió en atracción turística, en especial para autobuses de escolares, de modo que siempre estaba atestado de aldeanas que vendían camisetas, gorras de béisbol, tentempiés, bebidas y abanicos de bambú plegados. Una cosa no ocurrió: incluso después de que Tientje se uniera a sus parientes, poco antes del hundimiento económico de 1997, el mausoleo nunca se volvió sagrado ni mágicamente poderoso. Cuando por fin me permitieron volver al país, en 1999, a menudo fui a observar el lugar. No había paracaidistas, ni autobuses de niños, sólo un desesperado puñado de vendedores, un melancólico cuidador y el olor de un edificio decadente que ya había soportado un cuarto de siglo de monzones anuales. Queda por ver qué le pasará al lugar ahora que por fin Suharto se ha unido a su esposa. Para parafrasear a Walter Abish: ¿cuánto tiene de chino?

Si el mausoleo marcó una versión precoz de la «muerte prevista» de Suharto, yo capté una variación posterior en Yakarta hace unos años. Había estado entrevistando a un anciano comunista javanés, que en otro tiempo había ocupado un alto cargo en el periódico del partido, *Harian Rakyat* (Diario del Pueblo), y pasado muchos años en el grotesco gulag de Suharto. Al final de la entrevista, para animarlo, le pregunté de pasada si creía que Suharto moriría pronto. Funcionó, pero no como yo esperaba. Con una gran sonrisa, me contestó: «Ni mucho menos! Tardará mucho, y con mucho sufrimiento». ¿Cómo podía estar tan seguro? Respondió que el secreto del enorme poder de Suharto, la enorme riqueza y la notable longevidad política, era que, en sus primeros años de adulto, un renombrado chamán le había insertado bajo la piel una serie de *susuk* en puntos cruciales del cuerpo. «Pero el chamán ha muerto hace bastante», dijo con satisfacción mientras seguía su camino. Hay una vieja creencia de que dichos *susuk*—diminutos fragmentos de oro puro, impregnados de hechizos mágicos—dan riqueza, poder y larga vida al portador. Pero hay una advertencia: para que un hombre muera en paz y pronto, hay que retirarle los *susuk*, y esto sólo puede hacerlo el chamán que los insertó. De lo contrario, la muerte será una agonía interminable.

¿Qué tipo de hombre era? ¿Cómo consiguió gobernar su país sin mucha oposición sería durante más de tres décadas? Los comienzos de Suharto fueron muy humildes. Nacido en junio de 1921 en un aldea cercana a Yogyakarta, en Java central, se alistó en el ejército colonial holandés (KNIL) a los 19 años; era aproximadamente la época en la que la Wehrmacht invadía Holanda y la reina Guillermina y su gobierno se escabullían a Londres. El KNIL, como sus hermanos de otras colonias europeas, estaba preparado para reprimir la rebelión interna, no para combatir contra enemigos externos, y tenía una organización racista: oficiales principalmente holandeses y euroasiáticos, y suboficiales y soldados rasos nativos y con una educación muy limitada. El propio Suharto no había terminado la secundaria en un colegio musulmán privado. En menos de dos años, sin embargo, había ascendido al rango de sargento, todo lo que en general habría podido ascender. En ese momento, los ejércitos de Hirohito invadieron las Indias Holandesas y el KNIL se rindió prácticamente sin luchar (excepto la pequeña rama aérea). Pero en octubre de 1943, cuando Suharto tenía sólo 22 años, el ejército japonés en Java, temiendo un asalto aliado, formó una pequeña fuerza militar auxiliar llamada los Peta² para apoyar la planeada resistencia de guerrillas. Suharto se alistó de inmediato en dicha fuerza, y en 1945 había alcanzado el segundo rango disponible más elevado: comandante de compañía.

Tras la rendición japonesa a MacArthur y la apresurada proclamación de la independencia indonesia por los experimentados políticos nacionalistas Sukarno y Hatta, se estableció un ejército nacional. Estaba compuesto por ex miembros del KNIL, de los Peta y de diversos grupos juveniles armados por los japoneses, pero con los oficiales de los Peta en posición dominante. Había, naturalmente, una enorme inflación de mandos: un enjambre de generales y coroneles con antecedentes inmediatos de tenientes y sargentos. Suharto se unió a la fiebre y, en la primavera de 1946, era teniente coronel. Más importante es que lo destinaron a las afueras de Yogyakarta, que se convirtió en la incipiente capital de la república cuando los británicos y los holandeses capturaron Batavia-Yakarta, a comienzos de 1946. En el nuevo ejército no había muchos que hubieran servido en el régimen holandés y en el japonés en el espacio de sólo seis años, pero Suharto era uno de ellos, y se benefició de la experiencia. En 1946, a los 25 años, ya era un militar de rango relativamente elevado.

Es entonces cuando puede decirse que empezó su carrera política. La noche del 27 de junio de 1946, un grupo de militares armados, indirecta-

² Acrónimo de *Pembela Tanah Air* (Defensores de la Madre Patria), el nombre expresaba el plan japonés de atraer el nacionalismo local a la defensa del imperio. Hay un claro paralelismo con la creación japonesa casi contemporánea del Ejército de Independencia Birmano para ayudar a luchar contra los británicos.

mente relacionados con la «oposición» política (una mezcla de nacionalistas de preguerra, la mayoría de los cuales había colaborado con los japoneses), raptó al primer ministro civil Sutan Sjahrir, acusándolo de debilidad al enfrentarse a la vuelta de los holandeses. Sukarno asumió el control directo del gobierno y exigió la liberación inmediata de Sjahrir, que finalmente se produjo. Pero los conspiradores –respaldados abiertamente por el comandante militar de Yogyakarta y menos abiertamente por el comandante en jefe, el general Sudirman, de 31 años– se retiraron al puesto de mando de Suharto. Desde allí intentaron lanzar el 3 de julio un golpe de Estado, que sin embargo fue fácilmente sofocado. Los civiles implicados fueron (brevemente) a la cárcel, al igual que el comandante militar de Yogyakarta, pero Sudirman se aseguró de que no se viera afectado ningún otro militar. Aun así, el golpe podría haber acabado con la carrera militar de Suharto, que a partir de entonces tuvo mucho cuidado.

El ascenso al poder

Desde el otoño de 1945 hasta enero de 1948, el núcleo directivo de la coalición de partidos gobernante en Indonesia constaba de una variedad de socialistas y comunistas, incluidos algunos retornados de Holanda que habían participado en la clandestinidad contra los nazis. No estaban «contaminados» por la colaboración con los japoneses, una baza fuerte en el país e internacionalmente. También se creía que, dado que el primer gobierno holandés después de la liberación estaba liderado por socialistas, había una oportunidad de establecer una ruta diplomática hacia la independencia. En 1947, sin embargo, el gobierno holandés había virado a la derecha, y en julio de ese año un gran ataque militar causó a la nueva república considerables pérdidas tanto territoriales como de acceso al mundo exterior. Los socialistas y los comunistas se vieron obligados a aceptar un acuerdo provisional muy desventajoso en enero de 1948, y cayeron del poder, sustituidos por una coalición de musulmanes y «nacionalistas laicos (principalmente burgueses y pequeños aristócratas)». Mientras tanto, la Guerra Fría se estaba estableciendo y la izquierda se radicalizaba en todo el Sudeste asiático, abandonando el parlamento y recurriendo a los medios militares para llegar al poder (o recuperarlo).

En el verano de 1948, en Indonesia acechaba una guerra civil entre la izquierda y sus diversos adversarios, y ambos bandos estaban respaldados por unidades militares y milicias armadas. Sudirman intentó superar la crisis nombrando dos mediadores: Wikana, el entonces gobernador civil comunista de Java Central, y Suharto. En 1963 entrevisté a Wikana en Yogyakarta, adonde se había retirado después de ser marginado por los líderes más jóvenes del partido. El amable anciano me dijo que Suharto había sido excelente, no había tomado partido y había hecho lo posible por evitar la guerra entre los partidarios armados del gobierno y de la oposición, sin conseguirlo. La guerra civil (que se libró sólo en las áreas republicanas de Java) fue breve pero sangrienta, y la izquierda quedó

completamente aplastada. Buena parte de los líderes murieron en acción o ejecutados después de rendirse.

Tras la transferencia formal de la soberanía, a finales de 1949, el nuevo miembro de Naciones Unidas afrontaba una situación enormemente difícil. La economía colonial había quedado devastada por el dominio japonés en tiempo de guerra y la lucha militar con los holandeses retornados. Las enormes movilizaciones populares que empezaron contra los japoneses y continuaron durante la «revolución» crearon un gran conjunto de población que esperaba ser recompensada por sus sacrificios. Pero la poca poblada parte oriental del archipiélago había sido ocupada después de la guerra primero por Australia y después por los holandeses, de modo que el activismo republicano era difícil en aquella zona. Además, el acuerdo indonesio-holandés, supervisado por Estados Unidos, exigía que la república devolviese las propiedades de preguerra a los capitalistas holandeses. Por último, ningún partido político había conseguido siquiera acercarse a monopolizar el levantamiento revolucionario. En consecuencia, se fundó una democracia constitucional de partidos, que permitió incluso a los comunistas supervivientes reconstruir su fuerza. Se podría decir también que no había alternativa, dada la geografía del país; el ejército era poderoso, pero no tenía fuerza aérea y tampoco una marina digna de ese nombre.

En este entorno, Suharto empezó a hacerse notar, mediante un ataque anfibio con éxito contra los pro holandeses y otros disidentes de las Célebes. Esto a su vez le valió el nombramiento en 1957 (a los 36 años) de comandante militar de Java Central, una posición clave en la jerarquía del ejército. Entonces cometió otro error grave, no tanto político (era muy cuidadoso) como económico. Él y su personal de confianza se involucraron con ciertos magnates chinos de dudosa reputación en extensas operaciones de contrabando y otros negocios. Esto hizo que lo cesaran del Alto Mando. (Dos de estos amigos chinos se convirtieron más tarde en secuaces clave durante la dictadura.) Pero por lo general los ejércitos cuidan a los suyos, y a Suharto lo destinaron a la escuela de oficiales de Bandung, donde hizo una buena tarea, y después de eso fue nombrado comandante de la Reserva Estratégica del Ejército, planeada como fuerza de choque del Alto Mando contra disidentes provinciales y otros «enemigos nacionales». A comienzos de la década de 1960 mandó las operaciones conjuntas para liberar a «Papúa Occidental» del colonialismo residual holandés. No se produjo una victoria militar, porque los estadounidenses intervinieron diplomáticamente contra los holandeses, pero la prensa trató a Suharto como una especie de héroe nacional. Cuando Sukarno decidió, en 1963-1964, iniciar un enfrentamiento militar con la Federación Malaya organizada por Londres, Suharto fue nombrado subcomandante, y en secreto (temiendo el poder creciente del Partido Comunista en Java) inició contactos con el «enemigo». Para entonces tenía un rango tan alto que era el sustituto automático del comandante general del ejército, Yani, cuando éste se encontraba en el extranjero.

Mientras tanto, la polarización política entre derecha e izquierda aumentaba con rapidez, al tiempo que la hiperinflación insertaba una mentalidad de *sauve qui peut* que todavía perdura. Es un indicio de la tendencia de Suharto al secretismo y la maniobra el que para entonces fuese un jefe del ejército de confianza (sus contactos secretos con el espionaje malayo e, indirectamente, con la CIA estaban bien ocultos incluso para Yani) y en apariencia leal a Sukarno.

Engaño, masacre, golpe de Estado

La crisis explotó por fin la mañana del 1 de octubre de 1965, cuando un pequeño grupo de oficiales, principalmente de graduación intermedia, secuestró y mató a seis altos generales, acusándolos de planear el derrocamiento de Sukarno. La mayoría de estos oficiales desafectos mantenía desde hacía tiempo relaciones personales con Suharto, y es prácticamente seguro que le habían informado de sus planes. No hicieron ningún intento de capturarlo, aunque tenía el mando operativo de todas las unidades militares experimentadas de la capital. Y Suharto tampoco hizo el menor esfuerzo por advertir a Yani y a sus compañeros de lo que estaba en marcha. Por el contrario, aplastó a los conspiradores con facilidad y proclamó que eran herramientas del Partido Comunista.

Casi todos los oficiales militares implicados en lo que entonces se llamó «el golpe» –aunque los propios autores afirmaron que protegían a Sukarno de un golpe militar dirigido por la CIA– fueron ejecutados, mediante penas de muerte dictadas por tribunales irregulares o fuera de toda legalidad. Sólo uno sobrevivió (apenas) a la dictadura. El coronel Abdul Latief, juzgado y sentenciado a cadena perpetua, probablemente evitase la ejecución por su larga y estrecha relación con la familia de Suharto; quizá interviniese Tientje. Tras soportar 32 años de cárcel y de sufrimientos inimaginables (se permitió que las heridas que sufrió en la detención se infectaran hasta que la mitad del cuerpo se le llenó de larvas), Latief fue liberado por el sucesor de Suharto, Habibie, pero sufrió un infarto cerebral que lo paralizó. Cuando lo entrevisté, poco antes de su muerte, buena parte de lo que decía era ininteligible. Pero cuando le pregunté cómo se había sentido la tarde del 1 de octubre, cuando Suharto había aplastado el «golpe», dijo, de manera entrecortada pero clara: «Traicionado».

Con los medios de comunicación clausurados, excepto los portavoces del ejército, el grupo de Suharto publicó fotografías de los cadáveres descompuestos de los generales muertos y anunció que degeneradas sexuales de la Organización de Mujeres Comunistas les habían arrancado los ojos y cortado los testículos con navajas de afeitar. (Unos años después, por accidente, descubrí la autopsia redactada por los médicos, que declaraba que los generales sólo tenían heridas de bala y golpes de fusil, con los ojos y los genitales intactos.) A lo pocos días, todas las sedes comunistas de Yakarta habían sido ocupadas o destruidas. El 17 de octubre, el cuer-

po de elite de los Boinas Rojas llegó a Java Central y empezó los asesinatos masivos de hombres y mujeres de izquierdas. La misma matanza empezó en Java Oriental con la llegada de los paracaidistas a mediados de noviembre, y en Bali cuando aterrizaron a mediados de diciembre³.

En todos los casos, el ejército reclutó la temidísima y asesina ayuda de las «organizaciones de base» de los múltiples enemigos del Partido Comunista. La estrategia de implicar a grandes cantidades de civiles en las masacres perseguía dos objetivos. En primer lugar, permitía al ejército anunciar, y a un buen número de periodistas extranjeros creer, que los ciudadanos habían «enloquecido» a gran escala. En segundo lugar, garantizaba que nunca hubiera una investigación de las matanzas, porque las manos de los civiles también estaban ensangrentadas. Nadie sabe realmente cuántos murieron; las cifras ofrecidas varían del medio millón a los dos millones. En su lecho de muerte, el para entonces marginado general Sarwo Edhie, que dirigió a los Boinas Rojas en 1965-1966, declaró incluso que había sido responsable de la muerte de tres millones de personas⁴. Y nadie sabe realmente cuántos permanecieron en la cárcel durante años sin juicio y en las condiciones más sórdidas, pero ciertamente el número superó el medio millón. El aparato de espionaje fue también suficientemente astuto como para atraer la ayuda de comunistas capturados, algunos bastante importantes, que traicionaron a sus camaradas e incluso participaron en su tortura. A finales de ese año, el Partido Comunista estaba completamente destruido; para siempre, dicen.

El presidente Sukarno se esforzó en vano por poner fin a las matanzas y reunir a sus partidarios, pero ya no tenía acceso a los medios de comunicación. A comienzos de marzo de 1966, paracaidistas vestidos de civil rodearon el palacio, donde se estaba celebrando un consejo de ministros de emergencia, irrumpieron en el consejo y detuvieron a quince ministros, mientras Sukarno huía a su «palacio de verano» en Bogor. La tarde del 11 de marzo, tres generales lo visitaron y le exigieron que firmase un

³ Las masacres iban destinadas principalmente contra las bases comunistas, fácilmente identificables porque el partido era legal desde la independencia y participaba activamente en la política electoral. Estas bases estaban, numéricamente hablando, concentradas en las áreas rurales de Java Oriental y Central, en Bali y en el cinturón de plantaciones del norte de Sumatra. Las ciudades fueron golpeadas con menos dureza, probablemente porque eran más fáciles de controlar, y también más visibles para los ojos extranjeros vigilantes. Las áreas rurales mencionadas se habían convertido en zonas de turbulencia a comienzos de la década de 1960, cuando la Liga Campesina Comunista y la Juventud Popular llevaron a cabo las denominadas «acciones unilaterales» para intentar aplicar la legislación de reforma agraria progresista de 1960, que en gran medida había sido sabotada por los terratenientes influyentes, los musulmanes y los «nacionalistas laicos». También hay que decir que, a comienzos de la década de 1960, el Partido Comunista cometió a menudo el error de «hablar a gritos, al mismo tiempo que tomaba los palillos para comer».

⁴ *50 Tahun Merdeka dan Problema Tapol/Napol* (50 años de independencia y el problema de los presos políticos), publicado por Masyarakat Indonesia untuk Kemanusiaan, Yakarta, 1995, p. 591.

documento que transfería todo el poder ejecutivo a Suharto. A punta de pistola, Sukarno firmó la carta de autorización que daba al general, que había jurado lealtad a su presidente, la oportunidad de reemplazarlo al año siguiente, y que lo mantuvo bajo arresto domiciliario hasta su muerte, en 1970. Curiosamente, el original de esa famosa carta nunca se ha visto en público, y se dijo que se había perdido. Muchos años después, tras la caída de Suharto, un joven ayudante de Sukarno que estaba con él esa noche dijo a la prensa que el documento firmado estaba descuidadamente escrito a máquina en papel oficial del Estado Mayor del Ejército.

Esta vez Suharto había alcanzado el pleno poder desde el punto de vista «jurídico», pero siguió profundizándolo en los años inmediatamente posteriores. Todas las instituciones estatales, incluidas las Fuerzas Armadas, fueron masivamente purgadas de «comunistas», «simpatizantes de los comunistas», sukarnoístas y otros subversivos. Ningún gobernante del archipiélago había tenido jamás tal oportunidad de llenar la burocracia, el poder legislativo, el sistema judicial y los organismos paraestatales de partidarios, ya fuesen sinceros u oportunistas. Esta tendenciosidad inicial se mantuvo después sistemáticamente: a comienzos de la década de 1990, el número de burócratas triplicaba el de 1970.

Consciente de las sutilezas del protocolo en la «comunidad internacional», Suharto no eliminó por completo el sistema de partidos, pero obligó a todos los partidos musulmanes enfrentados entre sí a unirse en un único Partido del Desarrollo Unido, dirigido por un taimado oportunista reclutado por la agencia personal de espionaje político de Suharto, financiado (modestamente) por el régimen, y con la prohibición de usar símbolos religiosos durante las campañas. Lo mismo ocurrió con el resto de los partidos supervivientes que toleraron, los diversos protestantes, católicos y nacionalistas laicos conservadores, que se comprimieron en el Partido Demócrata Indonesio, también financiado por el régimen y dirigido por hombres nombrados por los servicios secretos. El régimen no tuvo problemas para obtener mayorías de dos tercios en todas las «elecciones» celebradas hasta la caída del dictador, gracias a un partido estatal (aunque no se denominaba «partido») que incluía a todos los miembros de la burocracia civil, el ejército, la policía, «tecnócratas» varios y periodistas y académicos mercenarios.

¿Desarrollo?

Suharto tenía dificultades por todas partes. Al final del denominado régimen revolucionario de Sukarno, Democracia Guiada (1959-1965), la economía estaba en ruinas, con una tasa de inflación asombrosamente elevada. Pero la fortuna y Washington estaban con el general. En un momento en el que la guerra de Vietnam «iba muy mal» y una enorme cantidad de soldados estadounidenses estaba a punto de cruzar el Pacífico, Suharto había destruido por completo el mayor Partido Comunista del mundo

después de los de URSS y China. La elite política estadounidense le estaba profundamente agradecida por esto. Además, Indonesia tenía una situación estratégica y enormes recursos minerales y forestales; los nuevos yacimientos de petróleo empezaban a ser productivos. Suharto comprendió lo que tenía que hacer: el sistema jurídico fue rápidamente renovado para abrir al capital occidental la mayoría de las puertas que Sukarno había intentado cerrar. En consecuencia, los estadounidenses reunieron a los europeos occidentales y a los japoneses para crear un Grupo Intergubernamental sobre Indonesia, que durante muchos años se dedicó en esencia a pagar el presupuesto de desarrollo indonesio⁵. La formación de la OPEP y el enorme aumento del precio del petróleo en 1973 dieron a Suharto riquezas con las que hasta entonces no había soñado. A finales de la década de 1960, el gobierno empezó la destrucción sistemática de las selvas primarias del país por capitalistas corruptos y militares predilectos, así como por empresas extranjeras. El principal beneficiario de todo esto fue el propio dictador, de quien en general se piensa que disponía de unos 73.000 millones de dólares en diversas cuentas a mediados de la década de 1990⁶. Por no decir nada de sus avariciosos hijos y de los múltiples parientes cercanos y secueces.

Durante las décadas de 1970 y 1980, Suharto tuvo en Occidente muchos admiradores por lo que consideraban su sincera campaña para modernizar la economía indonesia, promover un crecimiento rápido, instituir la Revolución Verde en el campo, frenar el rápido aumento de la población y expandir esa «clase media» de la que tan comúnmente se cree que es la precursora de la verdadera democracia. Estas afirmaciones no están en absoluto completamente equivocadas, pero es necesario observarlas comparativamente, en especial si recordamos las enormes subvenciones proporcionadas a lo largo de dos décadas por el Grupo Intergubernamental sobre Indonesia. Las comparaciones más obvias son con los vecinos de

⁵ Suharto fue pronto tratado como un personaje de la realeza por Reino Unido, cuyos traficantes de armas se enriquecieron enormemente gracias al comercio con Indonesia. Le siguió Australia, con los ojos puestos en los enormes yacimientos de petróleo submarinos dispersos frente a la isla de Timor.

⁶ La psicología que hay tras esta asombrosa acumulación es un enigma interesante. Los gustos personales de Suharto eran muy sencillos, y no mantenía un caro harén de amantes. Se encontraba visiblemente incómodo en los países extranjeros, y no es fácil imaginárselo en medio de los ricos de Los Ángeles o de la Riviera. Parece que se consideraba un buen *pater familiae*, que mimaba a sus hijos, especialmente a la hija mayor y al hijo pequeño, «Tommy», que se dio un tiempo de lujo en la cárcel (tras la caída de su padre) por organizar el asesinato del juez del Tribunal Supremo que le molestaba. En la liberal década de 1950, el político sumatrés independiente Muhammad Yamin explicó con entusiasmo por qué, siendo ministro de gobierno, había ordenado la compra de pianos para todos los colegios del país: quería una vida cómoda para sus descendientes «hasta la séptima generación». En Indonesia hay una creencia general de que hasta los chinos prudentes raramente pueden mantener su riqueza durante tres generaciones. Los hijos y los nietos, acostumbrados al lujo y los vicios habituales, malgastan con rapidez la fortuna familiar. Es posible que Suharto pensara cuánto dinero tendría que acumular para financiar el despilfarro de sus propios descendientes durante siete generaciones.

Indonesia, Malasia y Filipinas. Si se pone en primer lugar la salud, a comienzos del siglo XXI los tres países tenían aproximadamente la misma esperanza de vida (hombres cerca de los 70, mujeres poco más de 70). Pero las estadísticas de mortalidad infantil son muy distintas: Indonesia presenta 33 muertes por 1.000 nacidos vivos, Filipinas cerca de 23 y Malasia 17. Por otra parte, gracias a políticas extremadamente invasoras y coercitivas, la tasa de crecimiento natural de la población era del 1,38 por 100 en Indonesia, del 1,78 por 100 en Malasia y del 1,95 por 100 en Filipinas. (La alfabetización en los tres países rondaba el 90 por 100.)

Las economías muestran diferencias mucho mayores. Si se divide la población activa entre los sectores agrario, industrial y de servicios, la comparación es la siguiente: Malasia, agricultura 14,5 por 100, industria 36 por 100 y servicios 49,5 por 100; Filipinas, 36 por 100, 16 por 100 y 48 por 100; Indonesia, 46,5 por 100, 11,8 por 100 y 41,7 por 100. El PIB per cápita de los tres países rondaba los 12.100 dólares en Malasia, los 5.100 en Filipinas y los 3.600 en Indonesia. De hecho, dada la enorme desigualdad que predomina especialmente en Filipinas e Indonesia, el «producto» anual real para el conjunto de la población es sustancialmente menor de lo que las tres cifras sugieren. Lo más llamativo, en un contexto más amplio, es que casi todos los países cuyas monedas se vieron seriamente dañadas por la crisis asiática de 1997-1998 han recuperado hoy más o menos su antigua posición respecto al dólar. La mayor excepción es Indonesia, donde el «hundimiento» del tipo de cambio se mantiene en gran medida sin alteraciones.

El tormento de Timor Oriental

Había otros frentes en los que el control de Suharto se debilitaba. De ellos, el más importante era la «seguridad interna», y Timor Oriental, su ejemplo más claro. Cuando en 1974 cayó por fin la dictadura portuguesa, él estaba convencido de que los operativos «negros» de sus agencias de espionaje podían manipular la política interna de la entidad en descolonización para evitar que el partido Fretilin «comunista» tomara el poder. Pero el juego le falló. Tras una guerra civil breve y sangrienta instigada por Indonesia, el Fretilin subió de hecho al poder y se apresuró a frustrar a Yakarta declarándose Estado independiente. Tras una vacilación inicial, Suharto, que gozaba de un mar de dinero del petróleo, optó por la invasión militar, seguida de la anexión. Todos los mensajes de Estados Unidos eran positivos. Ford y Kissinger llegaron a Yakarta en vísperas de la expedición, y se dice que Kissinger le comentó a Suharto: «Simplemente hágalo deprisa». Casi todas las armas usadas para la invasión eran estadounidense, pero Washington hizo la vista gorda ante lo que era una clara trasgresión del tratado de armas existente entre ambos países, que especificaba que éstas no se podían usar en el exterior. Los estadounidenses tenían otra razón para ser complacientes: en un acuerdo secreto, Suharto había permitido (en contra del Derecho internacional) que submarinos nucleares estadounidenses atravesasen el estrecho de Timor sin salir a la

superficie, evitando así la vigilancia aérea soviética. Unas semanas antes de la invasión, un equipo de alto nivel formado por operativos del espionaje militar y civil, en gira propagandística por Estados Unidos, se dejó caer por la Universidad de Cornell. Cuando le pregunté a uno de ellos sobre los planes para Timor Oriental, la respuesta satisfecha fue: «No se preocupe, se habrá acabado en unas cuantas semanas».

La invasión inicial fue tal desastre que los aviones indonesios bombardearon a sus propias tropas de tierra en varios lugares. Dos años después, el Fretilin todavía controlaba más de la mitad del territorio de esta semiisla. Jimmy Carter, el presidente de los «derechos humanos», envió entonces en secreto a Suharto algunos aviones modelo OV-10 Bronco por los que tanto tenía que responder en Vietnam. Éstos invirtieron la marea. Miles y miles de timorese huyeron a los valles controlados por los indonesios. Allí los apañaron en «campos de reasentamiento», y muchos de ellos murieron de hambre y enfermedades. Pero la resistencia nunca cedió, recuperó gradualmente su fuerza y empezó una constante penetración clandestina de los valles.

Suharto probó todo aquello que se le ocurrió, pero nada llegó a funcionar. El terreno de Timor Oriental, famosamente árido, carecía de recursos minerales y no disponía apenas de bosques; su población era desesperadamente pobre y en gran medida analfabeta. Los profesores odiaban que los destinaran allí, al igual que los burócratas. Los intentos de establecer emigrantes de otras islas fracasaron ante la hostilidad popular y el sabotaje intermitente. El único producto de exportación de alta calidad del territorio, el café, se convirtió en monopolio militar. El problema más profundo era que en Timor Oriental los indonesios, a menudo comprendiéndolo a medias, ocupaban la posición de los colonialistas. De ahí la queja colonial regular de que los timorese orientales eran «unos ingratos», un lenguaje que habría sido tabú en cualquier otra parte de la propia Indonesia. Además, Timor Oriental no podía acomodarse en la habitual alegación de «nuestra lucha secular contra los holandeses» de la ideología nacionalista y los libros de texto. Peor aún, eran católicos en medio de una población con un 90 por 100 de musulmanes. De manera irritante, el Vaticano se negó a fusionar a los sacerdotes de Timor Oriental con la maleable y a menudo cobarde jerarquía católica indonesia.

Pero había otro factor que en general pasaba desapercibido. En la época de la revolución indonesia de 1945-1949, prácticamente todos los soldados se encontraban en la veintena. Tan grande y tan joven era su fuerza que no se abrió una academia militar hasta 1957. La primera promoción se graduó en 1960 y sólo tenía recuerdos infantiles de la lucha contra los holandeses. Habían sido tenientes inexpertos, sin una función importante que desempeñar, durante las masacres de la izquierda a mediados de la década de 1960. Timor Oriental, su primera experiencia bélica, se produjo diez años después, cuando ya se encontraban en la treintena. Dado que les justificaron la invasión como una campaña contra el comunismo, el modelo que les dieron fue el de 1965-1966: nada de piedad, tortura,

quema de aldeas, violaciones, duras operaciones de espionaje y, más notoriamente, en el espíritu de 1965, la organización y la financiación de milicias paramilitares de desposeídos, que se acostumbraron a usar métodos ante los que en ocasiones hasta los oficiales del ejército retrocedían. Característicamente, el Estado Mayor del Ejército preparó un manual secreto sobre técnicas de tortura eficaces y cómo evitar que los atrapasen poniéndolas en práctica. Uno de los jóvenes comandantes más conocidos, que había conseguido emboscar y matar al primer jefe militar del Fretilin, Nicolau Lobato, se había grabado a sí mismo pisando triunfante el cadáver de su enemigo. A los periodistas ocasionales les decía que algunas tardes combatía el aburrimiento volviendo a pasar la cinta.

En noviembre de 1991, las manifestaciones cada vez más audaces de los jóvenes de Dili, la pequeña capital, fueron respondidas con una explosión de asesinatos característicamente brutal y estúpida. Por desgracia para Suharto, un joven y valiente periodista inglés llamado Max Stahl consiguió grabar el derramamiento de sangre y sacar la cinta clandestinamente del país. La circulación internacional de la película destruyó de la noche a la mañana las afirmaciones constantes del régimen de Suharto a la «comunidad internacional» de que el problema de Timor Oriental estaba «solucionado» y animó muchísimo a la resistencia. La captura de Xanana Gusmão, el heroico sucesor de Lobato, ya no podía manejarse con una ejecución rápida. Encarcelado en Yakarta, con el prestigio intacto, se convirtió en héroe incluso para algunos jóvenes opositores indonesios, que bromeaban «Ojalá Xanana fuera nuestro presidente».

Los mismos métodos y la misma falta de éxito marcaron las campañas de exterminio militar empleadas por el régimen en Acheh y Papúa Occidental. Acheh había sido una provincia próspera y tranquila en la década de 1970 y comienzos de la de 1980, pero el descubrimiento de un gran yacimiento de gas natural llevó a la creación de enclaves de explotación, fuertemente vigilados y llenos de trabajadores y gerentes llevados de otras partes de Indonesia. Se estableció el gobierno militar; siguió la resistencia armada, a la que se respondió con los mismos métodos que en Timor Oriental. El final fue un punto muerto terriblemente costoso en el que ni el ejército ni la resistencia tenían capacidad para vencer. Resultó que algunos de los mandos de la resistencia de Acheh se habían formado con los Boinas Rojas. Más o menos lo mismo se podía decir de Papúa Occidental, donde capitalistas corruptos amigos de Suharto, depredadores de la riqueza maderera, y conglomerados mineros occidentales trabajaban en un enorme coto vedado en el que durante toda la dictadura se mantuvo una pequeña resistencia armada.

A largo plazo, todas estas aventuras minaron el prestigio y la confianza en sí misma de una generación más joven de dirigentes militares, ninguno de los cuales se convirtió en héroe al estilo de los veteranos de la generación anterior. La crisis asiática de 1997 dio una asombrosa evidencia de cómo se había vaciado la institución. Los periódicos del ejército, que nadie más que

los militares estaba dispuesto a leer y que dependían de grandes subvenciones, se vieron obligados a cerrar y no reaparecieron. Tras la caída de Suharto, los periódicos informaron de que el jefe de los servicios secretos militares estaba siendo investigado por falsificar grandes cantidades de dinero. Cuando los periodistas le preguntaron al general por esto, él respondió cautivadoramente: «Miren, ¿qué podía hacer yo? Nuestro presupuesto estaba reducido a nada y el alto mando no podía darme más dinero, pero estaban todas estas milicias de Timor Oriental a las que hacía mucho tiempo que no se les pagaba y que se estaban alterando bastante». Y así pasó a convertirse, brevemente, en comandante del Ejército.

Padre de la quiebra

Los secretos del ultrasecretista presidente –fallos de seguridad, fracaso en la industrialización, errores financieros, fracaso como padre (todos sus hijos salieron monstruos o nulidades), incluso fracaso político– fueron emergiendo poco a poco. Porque la ironía de la historia de Suharto es que al final fue derrotado por las fuerzas que hicieron posible su larga dictadura. A comienzos de la década de 1990, Washington lo había convencido de que «abriera» más su país al capital financiero mundial. Muchísimo dinero rápido fluyó a una plétora de nuevos bancos turbios, fundados para aprovechar esta repentina bonanza. Para entonces, Suharto vivía un tiempo prestado. Indonesia se había convertido en importador neto de petróleo, y las selvas habían desaparecido hacía tiempo. El desarrollo industrial local era débil y el sistema educativo llevaba años en decadencia. Cuando estalló la «crisis asiática», Indonesia fue más golpeada que los demás países. En pocas semanas, la rupia perdió cuatro quintas partes de su valor de cambio. Docenas de bancos quebraron. Millones de personas perdieron su trabajo. La deuda nacional se disparó de manera vertiginosa. Sus aduladores lo habían halagado siempre con el título de *bakau pembangunan* (padre del desarrollo), pero a comienzos de 1998 el amargo humor local lo había convertido en *bapak pembangkrutan* (padre de la bancarrota). Nada demostró con más crueldad este Waterloo que las fotos del cansado dictador sentado ante su mesa mientras el *capo* del FMI, con los brazos doblados, permanece tras él, el ultimátum simbólicamente en la mano.

¿Qué iba a hacer? La idea que condujo al apartamiento de Suharto en 1998 podría formularse de dos modos muy distintos. El primero es cultural. Suharto no tenía dotes oratorias, casi siempre había salido del paso con los tediosos discursos llenos de estadísticas y plagados de estereotipos que le escribía, en indonesio burocrático, la Secretaría de Estado. Como ha señalado John Roosa, nadie recuerda una sola frase acuñada por Suharto en treinta y tres años en el poder (¿Siad Barre? ¿Franco?). Probablemente ni siquiera pensase en indonesio, que había tenido que adquirir ya cerca de los veinte años. Ocasionalmente, sin embargo, bajaba la guardia, en especial cuando estaba furioso. Unas cuantas almas valientes se burlaban de su indonesio por el acento javanés, la gramática importa-

da del javanés y los estereotipos morales javaneses. Una vez, enfurecido por las críticas de los estudiantes a uno de los «proyectos» más extravagantes de su esposa, espetó que él *gebuk* a quien se atreviera a criticarla. *Gebuk* es la palabra javanesa para decir que «molería a alguien a palos». En otra ocasión, dirigiéndose en privado a un grupo de ambiciosos aduladores que dirigían su Liga Juvenil Nacional, muchos de ellos no javaneses, asombró a sus oyentes con una larga digresión acerca de los significados místicos de las letras en el alfabeto javanés (la Secretaría de Estado se aseguró de que esta curiosa perorata no se publicase). Al final de su dictadura, lo convencieron para que ayudara a un experto periodista a escribir su autobiografía. Lo que surge de estas páginas es un ardiente resentimiento: resentimiento contra todos los que lo consideraban un novato estúpido, poco preparado y místico, manipulado por sus ayudantes y demás. El motivo central es «yo, y sólo yo, lo decidía todo». Pero el rencor lo llevó inesperadamente a afirmar –de manera correcta– que en 1983 había ordenado personalmente ejecutar a varios miles de pequeños delincuentes⁷. El libro acababa de salir cuando Suharto se lo pensó mejor y ordenó su retirada, un caso raro de dictador que prohíbe su propio libro.

De hecho, era javanés hasta la médula, y en secreto consultaba a chamanes y astrólogos, visitaba cuevas, tumbas y otros lugares con poderes mágicos. A finales de 1997, enormemente sacudido por el hundimiento financiero, Suharto hizo saber a la prensa que estaba dispuesto a *lèngsèr kaprabon* y convertirse en *pandito*. Las palabras javanesas son una especie de tópicos sacados de las viejas crónicas de los reyes javaneses y del repertorio aún más antiguo del teatro de sombras, basado en el *Mahabharata* y el *Ramayana*. *Lèngsèr kaprabon* puede traducirse como «abdicar del trono», mientras que *pandito* significa gran sabio (místico). En efecto, el gran rey, ya anciano, traspasa el reino a su sucesor y acaba sus días convertido en sabio reverendo y consejero. La expresión fue recibida con amargo regocijo entre sus muchos enemigos jóvenes, que no creyeron ni una palabra. De hecho, probablemente él la dijera convencido, al menos en ese momento. Porque en ella Suharto dejó salir lo que muchos sospechaban desde hacía tiempo, que en algunos estados de ánimo se consideraba un monarca, y quizá realmente esperaba desempeñar una función clave posterior como hombre sabio en lo que fuese que viniera después.

El cálculo de la sucesión

La segunda razón por la que Suharto decidió retirarse fue directamente política, sazónada con varias cucharadas de concentrado de rencor. Fuerte

⁷ El régimen había insistido oficialmente en que estos asesinatos, claramente de estilo militar, eran resultado de guerras turbias entre bandas. Las habladerías populares decían que la mayoría de estos pequeños bandidos eran agentes electorales pagados por el general Ali Murtojo, durante mucho tiempo jefe de espionaje político de Suharto, que se estaba creando y pronto fue exiliado como embajador en Kuala Lumpur, donde murió de infarto cerebral.

hasta el fin, «les» demostraría lo que pasaría sin él. Reelegido presidente por última vez –por unanimidad, como siempre– en marzo de 1998, había escogido como compañero de campaña al ingeniero aeronáutico Habibie⁸. Era algo nuevo y notable, ya que en las dos décadas anteriores el vicepresidente siempre había sido un (inocuo) general retirado. Habibie, nacido en las Célebes, se consideraba a menudo un charlatán amistoso y superficial, que había convencido al dictador para que gastase ingentes cantidades de dinero en crear una industria de aviación exportadora similar a la empresa alemana Messerschmitt, donde el ingeniero había trabajado durante muchos años. Estados Unidos (en la persona de Boeing) se aseguró de que estos planes no alcanzaran nunca criterios «internacionales»; en cualquier caso, el hundimiento de 1997 había puesto fin a toda la empresa.

Pero la candidatura de Habibie también tenía otro fin. A finales de la década de 1980 y en la de 1990, Suharto sentía cada vez más que las fuerzas armadas podían estar escapando de su control. Por ello empezó a manipular las promociones de alto rango en el ejército: en el primer caso, el nulo hermano de Tientje, y después un yerno visiblemente desequilibrado y con tendencias fascistas; y en el segundo, ex ayudantes personales, a quienes los chistes militares denominaban *prawira piningit*. *Prawira* significa «oficial» en javanés, mientras que *piningit* hace referencia a la antigua tradición aristocrática de recluir a las hijas, después de su primera menstruación, hasta poderlas casar bien. En consecuencia, «oficiales vírgenes».

Pero Suharto pensaba también cómo crear un contrapeso político al activo cuerpo de altos oficiales, una generación más joven que la suya. La solución fue notable. Durante buena parte de su dictadura, Suharto se había mostrado visiblemente hostil al islam político. En la década de 1970, su jefe de espías, Ali Murtopo, había creado un Komando Jihad, formado en parte por presos liberados y desesperados del fracasado movimiento rebelde para establecer un Estado islámico de la década de 1950 y comienzos de la de 1960. Algunos de estos tristes mercenarios habían perpetrado un atentado con bomba, mal organizado, contra parte del Borobudur, la famosa *stupa* budista del siglo ix en Java Central. Al régimen le venía bien tener en secreto a «terroristas islámicos» en su nómina. Después, de repente, en la vejez, Suharto llevó a su familia a un lujoso peregrinaje, muy difundido, a La Meca, de donde volvió no sólo convertido en *Hayi* sino con un nombre nuevo y completamente ficticio: ¡Muhammad!

⁸ De acuerdo con lo establecido en la Constitución, los presidentes de Indonesia no se elegían por votación popular, sino por la Suprema Asamblea Consultiva del Pueblo, compuesta por todos los miembros del Parlamento, más una falange de representantes de diversas regiones y grupos funcionales, elegidos por... el presidente. Era algo cómodo para Suharto, que no tenía talento en la tribuna. El sistema no se cambió hasta hace cinco años. El actual presidente, el general (retirado) Susilo Bambang Yudhoyono, es el primero elegido directamente por los votantes indonesios.

Habibie recibió entonces órdenes de crear lo que se conoció brevemente como la Liga de Intelectuales Musulmanes Indonesios (ICMI). El ingeniero aprendía con rapidez. Antes había asombrado a los devotos musulmanes indonesios residentes en Estados Unidos diciéndoles que el profeta era similar a un televisor, que transmite fielmente los programas de Alá a los espectadores serios. Pero los intelectuales musulmanes, excluidos del poder durante décadas, se apresuraron a unirse al ICMI, también con intenciones maquiavélicas. Suharto podría desear utilizarlos, pero ellos también lo utilizarían, y eran mucho más jóvenes. Resultó que el ICMI, que no tenía base social ni religiosa, desapareció en una nube de humo cuando la dictadura se vino abajo. Pero el cálculo de Suharto había sido que, aunque Habibie tuviera apoyo general de los musulmanes en contrapeso al ejército, sería demasiado débil como para no necesitar pedir instrucciones y ayuda al gran sabio.

En esto el ex dictador se vio gravemente decepcionado. Habibie, una figura afable y locuaz, muy consciente de la enorme hostilidad de la población hacia Suharto después de su caída, emprendió el camino por su cuenta; y se dice que Suharto nunca volvió a hablarle. Liberó a casi todos los presos políticos supervivientes (incluido el coronel Abdul Latief) y puso fin prácticamente a toda la censura de los medios de comunicación. De esto surgió un torrente de insultos contra el gran sabio, exigencias de que se lo juzgase por sus delitos y un fuerte impulso a favor de la «reforma total» del sistema político. Habibie también empezó a organizar las primeras elecciones libres que Indonesia había experimentado desde 1955. Más asombroso aún, aceptó que se permitiese a Timor Oriental celebrar un referendo sobre su futuro, vigilado por Naciones Unidas. Al principio, el Ejército reaccionó con furia ante esto, pero después le dijo a Habibie que, con ayuda de sus milicias notablemente violentas, podían garantizar que los nativos optasen por la ciudadanía indonesia. Por desgracia para ellos, no habían tenido en cuenta el engaño de Xanana. Contra una vehemente oposición dentro de la resistencia, había recomendado desde la cárcel a todos los timoreses orientales que apoyasen masivamente a la máquina electoral del ex dictador en las elecciones nacionales celebradas en junio de 1999. Tan enorme fue el éxito de esta maquinaria en el territorio ocupado que los espías militares habían bajado la guardia; se quedaron lívidos y perplejos cuando la gran mayoría de la población votó a favor de la independencia en el referendo celebrado dos meses después.

En retrospectiva, la breve presidencia de Habibie tuvo muchos momentos buenos. Por desgracia, creyó que éstos lo hacían merecedor de un mandato completo como verdadero presidente, en cuyo punto sus acti-
vos se desplomaron y se vio obligado a volver a su segunda *patria*, el Reich unido creado por Kohl. A partir de entonces, Suharto desapareció de la vista pública, eludiendo con éxito las exigencias de que se lo juzgara gracias a los informes médicos de que estaba demasiado enfermo y demasiado senil para enfrentarse a los tribunales. Y la elite política que él había creado tampoco estaba muy ansiosa de perseguir a alguien que conocía todos sus miserables secretos.

II. ALGUNOS LEGADOS

A partir de finales de 1980, yo preguntaba a los jóvenes visitantes indonesios y a los nuevos estudiantes que llegaban a la Universidad de Cornell: «¿Quién es el indonesio vivo al que más admiras?». Casi invariablemente, reaccionaban rascándose la cabeza, como si la pregunta fuese ridícula. A veces un joven mencionaba con dudas a un cantante popular cuyas letras eran ligeramente críticas con la situación. Uno o dos mencionaron a Pramoedya Ananta Toer, el mayor escritor del país, cuya obra estuvo prohibida durante el Nuevo Orden de Suharto.

Si la misma pregunta se hubiera planteado en la década de 1950, las respuestas habrían sido completamente distintas: muchos «héroes» de los movimientos nacionalista e islámico de la era colonial y de la revolución seguían vivos y públicamente activos. El contraste señala un legado fundamental de la larga dictadura: la producción de una clase política abrumadoramente tímida, corrupta y mediocre. Resentido, suspicaz y taimado, el dictador se aseguró de que ningún adversario potencial, ya fuese militar o civil, pudiera desarrollar una base social o política independiente. Hasta sus despreciables ministros creían que estaban vigilados. El amigable e inteligente hijo de uno de estos ministros me evitó estudiadamente durante sus primeros tres años en Cornell, por orden del padre. Pero en su último año, ya adaptado a las normas universitarias estadounidenses, se volvió de repente muy amigable. Su padre, confesó, le había prohibido mencionar nada remotamente político cuando telefonara a casa, porque estaba seguro de que las líneas estaban intervenidas. Bien preparado en algunos aspectos, el chico resultó no saber casi nada de la historia de su país y no había leído nunca los muchos libros importantes sobre la política de Indonesia.

Suharto aterraba a la gente, no sólo por su historial sangriento, sino también por su comportamiento: frío, silencioso, enmascarado, excepto las ocasionales erupciones de furia verdadera o fingida. Pero con el respaldo internacional también adquirió los recursos necesarios para comprar gente a escala masiva. En los primeros años del régimen, fueron los demás generales los principales beneficiarios de su largueza, pero después de 1973 y de la OPEP, fueron cada vez más los denominados tecnócratas, economistas e ingenieros de muy distintos tipos, los que se convirtieron en los habitantes (no chinos) más ricos del país, al recibir el control de los ministerios de Petróleo y Gas, Industria Básica y Ligera, Economía, Comercio Exterior, Trabajo y demás. No tenían base política y eran fiablemente leales y sumisos.

En sus últimos años, sin embargo, fue en los musulmanes (a menudo de ascendencia árabe), en especial tecnócratas e intelectuales musulmanes, en los que recayó la cornucopia. Toda una generación y media de políticos creció dentro de la cultura política autoritaria, corrupta y clientelista de Suharto y la absorbió. A él le gustaba enfrentarlos entre sí, pero no toleraba ninguna retórica sustancial o inflamatoria. Deliberadamente o no, creó con el tiempo la oligarquía nacional indonesia de hoy: buscapleitos pero relacio-

nada entre sí por matrimonio; competitiva pero evitando cualquier conflicto interno serio; sin ideas pero decidida a aferrarse a lo que tiene a cualquier precio. Ésta es la principal razón por la que Suharto permaneció por encima de la ley después de su caída y por la que sus hijos, excepto el asesino Tommy, siguen controlando muchas de las emisoras de televisión, las carreteras de peaje y otros activos estratégicos del país. Lo crucial es que esta oligarquía nacional y sus adláteres son en gran medida incapaces de pensar fuera de la caja del anterior régimen. Los cínicos bromean con que antes había un gran Suharto; ahora hay cientos de suhartitos.

¿Cómo sobrevivió la oligarquía a las exigencias populares de reforma después de las protestas masivas que surgieron como resultado de la crisis financiera de 1997? Una de las razones fue la asentada fragmentación del electorado, que recuerda a las elecciones de 1955. El mayor ganador en 1999 fue el partido «nacionalista laico» liderado por Megawati, la Perezosa y obesa hija de Sukarno. Pero no consiguió ni siquiera un tercio de los votos y perdió respaldo en las siguientes elecciones. Todos los gobiernos desde entonces han tenido que ser de coalición.

En segundo lugar, bajo las normas constitucionales heredadas de la era Suharto, el presidente no se elegía por votación popular (hasta 2004) sino que lo seleccionaba la Asamblea Consultiva Suprema del Pueblo, dominada por los partidos. Tras las elecciones nacionales de 1999, cuando la marea reformista estaba aún alta, este organismo nombró a Abdurrahman Wahid, cuyo partido obtuvo el 10 por 100 de los votos, en parte por su popularidad entre los reformadores, pero principalmente porque era demasiado débil para impedir que le llenasen el gobierno de ministros nombrados por todos los demás partidos políticos y por el ejército, con Megawati como vicepresidenta. Muy pagado de sí mismo («He recibido un mensaje de Dios convocándome a la presidencia»), Wahid se sintió humillado por su posición e intentó alejarse mediante intervenciones conspicuas en los asuntos internos del Ejército, un cambio drástico de su gabinete y otras maniobras. Sólo duró año y medio, transcurrido el cual todos los partidos excepto el suyo propio acordaron presentarle una moción de censura y retirarlo del cargo. Cuando Megawati lo sucedió, prometió y proporcionó un gobierno «arco iris», en el que todos los partidos (si se incluye un renegado del de Wahid que se convirtió en ministro de Defensa) tenían su cuota. El objetivo de la oligarquía se había alcanzado: un parlamento sin oposición y todas las camarillas de los partidos compartiendo las gratificaciones del poder. La hija de Sukarno no era en ningún caso una figura enérgica, pero la absoluta falta de iniciativas creativas durante los tres años de su presidencia se debió también a lo que Dan Slater ha denominado adecuadamente la cartelización del sistema político⁹.

⁹ Slater ha escrito un artículo teóricamente complejo y a menudo muy divertido sobre la política de alto nivel en Indonesia desde Suharto: «Indonesia's Accountability Trap: Party Cartels and Presidential Power after Democratic Transition», *Indonesia* 78 (octubre de 2004).

El tercer factor fue la perspectiva general de la oligarquía, que temía movilizaciones populares fuera de su control, aceptaba plenamente el orden internacional neoliberal y no tenía ningún interés por nada que le oliera a izquierda. Los líderes del Ejército no sólo aceptaron el cartel sino que fueron actores muy importantes en él. No obstante, a medida que la popularidad de los partidos declinaba visiblemente, la oligarquía se sintió obligada a cambiar el método de elección del presidente, abriendo el cargo a los sentimientos del electorado nacional. Por eso, en 2004, Susilo Bambang Yudhoyono, un modesto pero inteligente general (retirado) javanés, miembro clave, entre bambalinas, de la oligarquía y ministro de Seguridad y Defensa de Megawati, se convirtió en el primer presidente indonesio elegido por votación popular. Pero el partido que creó para sí mismo no funcionó bien, y el presidente ha sucumbido en gran medida a la lógica de la cartelización: pasividad, incorporación sistemática de cualquier posible oposición parlamentaria y división católica de los emolumentos en su legado. No es muy probable que salga reelegido en 2009, pero su sustituto no será muy distinto, a menos que se produzca un levantamiento popular, algo que por ahora no se vislumbra en el horizonte.

Característicamente, cuando Suharto murió por fin el 27 de enero de 2008, el presidente presidió lloroso el entierro, organizó las cosas con los hijos de Suharto, que son propietarios de muchas emisoras de televisión, de modo que no se aireasen noticias «negativas» sobre el muerto, y ordenó que las banderas del país ondearan a media asta durante una semana. Por suerte, en muchos lugares esta orden se rechazó con desdén.

Máscaras de fe

El segundo gran legado está relacionado con los partidos políticos y sus competidores. Como muchos militares, Suharto despreciaba a dichos partidos y, como hemos visto, corrompía y castraba a aquellos a los que toleraba. Aparte de eso, no les prestaba atención. Dado que los partidos legales estaban completamente marginados y no influían para nada en la política, soportaban su impotencia sin atraer mucho apoyo político ni canalizar la protesta social. En estas condiciones, la población comprendió enseguida que las únicas instituciones a las que Suharto procuraba habitualmente sobornar o suprimir directamente eran las basadas en la religión. Después de todo, uno de los estandartes ideológicos bajo los que se había organizado la matanza de comunistas era la batalla primordial contra el ateísmo. La religión de Suharto era el característico sincretismo javanés de islam, misticismo budista hindú y animismo chamánico; pero normalmente esto se ocultaba a la ciudadanía.

Los cristianos, aun siendo una pequeña minoría, tenían altas cualificaciones educativas: herencia del favoritismo estatal de la era colonial y de la energía misionera. En general aduladores, ansiosos de protección contra el imaginario fanatismo musulmán, fueron útiles para la cínica campaña

ideológica de «unidad» nacional establecida por Suharto. Pero también tenían un apoyo crucial en Roma, Europa occidental y, sobre todo, Estados Unidos. Los católicos no constituían un verdadero problema, porque su poder tenía su base principalmente en Java y sus jerarquías era fáciles de comprar o de intimidar. El protestantismo era una historia muy distinta. En el periodo colonial, el evangelismo protestante tuvo sus principales éxitos con grupos minoritarios de regiones remotas o montañosas, que se dividieron en diferentes sectas con distintos patrocinadores extranjeros. De ahí que incluso en el periodo colonial el protestantismo se asociara íntimamente con las etnias de las islas exteriores, creando «Iglesias» etno-culturales separadas para los toba batak, los karo batak y los amboneses, los toradyanos y demás. Es revelador que los periódicos de más circulación en Yakarta durante el régimen de Suharto estuvieran controlados por católicos y protestantes: los más fácilmente intimidados y por consiguiente los más tolerados. No pasó mucho tiempo antes de que el obsequioso *Kompas* católico fuese denominado discretamente *Kempes* (plano, como un neumático), y el protestante *Sinar Harapan* (Luz de esperanza), *Sirna Harapan* (Adiós a la esperanza).

En cuanto a la enorme mayoría musulmana, Suharto siguió de cerca el consejo del archipámpano de los estudios islámicos coloniales holandeses, C. Snouck Hurgronje (que tuvo el valor de viajar a La Meca disfrazado de peregrino): darles todo lo que quieran siempre que no sea político. De ahí que, hasta la década de 1990, Suharto donase enormes cantidades de dinero para la construcción de mezquitas de alta tecnología al estilo neoárabe burgués, colegios, obras benéficas y subvenciones para peregrinos aéreos a la Ciudad Santa, al tiempo que reprimía brutalmente cualquier manifestación del islam político.

Hoy, cualquier visitante serio a Indonesia debería visitar la hermosa mezquita antigua de Surabaya, dedicada a Sunan Ampel, de quien se dice que fue uno de los nueve fundadores del islam en el país. Está situada en el centro de la ciudad vieja, junto a los barrios árabe y chino tradicionales. Los visitantes encontrarán una civilizada advertencia contra quien perturbe la paz de muchos vecinos cansados y trabajadores. Esta mezquita es, que yo sepa, la única significativa del país que sigue usando la hermosa voz humana desnuda para llamar a los fieles a la oración. En todas las demás, y éste es otro legado de Suharto, las llamadas a la oración se realizan *fortissimo* con la ayuda de grandes altavoces, y a menudo perezosamente sacadas de cintas magnetofónicas.

La relativa inmunidad de las instituciones religiosas frente a la creciente insistencia de Suharto en su propia forma de *Gleichschaltung* tuvo consecuencias que él no previó. Todo tipo de intereses políticos, económicos, étnicos e incluso delictivos que, en otras circunstancias, habrían gravitado en torno a los partidos políticos se agruparon en torno a las diferentes sectas religiosas. El último periodo de Suharto contempló así la aparición de algo inimaginable antes de que él subiera al poder: matones protestantes,

extorsionistas católicos, mercenarios musulmanes. Tras su caída, las consecuencias se hicieron sangrientamente evidentes. Los matones amboneses protestantes que desde hacía tiempo controlaban parte de los burdeles, bares y casas de juego de Yakarta fueron expulsados por bandidos musulmanes que proclamaban ruidosamente la moral musulmana¹⁰. Obligados a volver a Ambon, los derrotados hampones protestantes convencieron a casi todos los protestantes locales de que habían sido víctimas de la agresión musulmana.

Mientras tanto, la corrupta pero mística Iglesia protestante local de la era colonial estaba siendo debilitada por fanáticos misioneros evangélicos estadounidenses o alemanes, que proporcionaban los necesitados servicios sociales pero insistían en que el islam era obra de Satanás. El estallido de un cruel conflicto religioso en las Molucas, que nunca antes había experimentado algo similar, lo inició una masacre protestante de toda una aldea musulmana; no sorprende que la prensa occidental no informase al respecto. Tampoco sorprende que la alianza de los bandidos con los protestantes fanáticos hiciera que otros bandidos y fanáticos acudieran en cantidades considerables «al rescate» de sus compañeros musulmanes. La policía y el ejército, que deberían haber evitado el consiguiente derramamiento de sangre, se dividían a menudo de acuerdo con sus tendencias religiosas. El resultado fue una feroz guerra civil en las Molucas, de la que sólo se beneficiaron los bandidos.

Armas y activos

Suharto creyó con razón hasta el fin que la única institución indonesia capaz de derribarlo era el Ejército. Tras las masivas purgas de 1966 y 1967, podía estar seguro del leal apoyo de un cuerpo de oficiales ahora completamente anticomunista, compuesto sobre todo por gente de su propia generación: «veteranos de la Revolución». Aun así, tomó precauciones añadidas. La más llamativa fue una política de asignaciones presupuestarias que de ningún modo bastaba para un ejército moderno, en especial un ejército en el poder. (En diversos momentos de las décadas de 1980 y 1990, altos cargos del Ejército llegarían a decir en público que el presupuesto sólo cubría la tercera parte de sus necesidades.) Esto también proporcionó a periodistas, estudiosos y, por supuesto, dirigentes extranjeros pruebas verosímiles de que la democracia estaba en camino, en algún punto de la carretera de ladrillos amarillos. La solución económica fue ingeniosa y tenía sus raíces en el breve periodo posterior a 1949 en el que Indonesia fue una democracia constitucional. El país estaba desesperadamente empobre-

¹⁰ Su jefe, explicando una visita posterior al Gran Satán a expensas del Estado, declaró que sólo iba a ver a sus hijos, cómodamente establecidos en universidades menores de California. También es característico de estos matones musulmanes no mostrar nunca el menor interés por los problemas de los famosamente devotos achehneses.

cido después de las ruinas de la depresión, la ocupación japonesa y la revolución, y las exigencias a las que estuvieron sometidos diversos gobiernos débiles fueron sustanciosas. Algunos comandantes militares provinciales, que se dirigían hacia la categoría de caudillos militares, empezaron a crear sus propios presupuestos ocultos protegiendo a contrabandistas, controlando los ingresos locales por exportación y practicando la extorsión, en especial a los empresarios chinos, a quienes, no obstante, les compensaba pagar a los comandantes. Hemos observado antes que Suharto se introdujo en este juego a mediados de la década de 1950.

El gran cambio, sin embargo, se produjo en 1957. Las elecciones libres celebradas en 1955 habían demostrado que ningún partido político podía atraer a más de la cuarta parte del electorado, pero que aproximadamente el 77 por 100 de los votos iba a parar a cuatro grandes partidos, tres de ellos con base en la populosa isla de Java. Los tres eran un denominado partido nacionalista laico, un partido musulmán «tradicionalista» y el Partido Comunista, mientras que el cuarto, un partido «islámico moderno», era fuerte sobre todo en las áreas no javanesas. Que los dos partidos islámicos (por lo general) mutuamente hostiles no pudieran obtener juntos ni siquiera una pequeña minoría en un país en el que supuestamente el 90 por 100 de la población es musulmana señala la verdadera peculiaridad de Indonesia en el mundo islámico actual.

Antes de la llegada política —en general pacífica— del islam a mediados del siglo xv —ochocientos años después de que el Profeta y sus sucesores inmediatos hubieran alcanzado éxitos militares asombrosos en Oriente Próximo y en el litoral del Mediterráneo—, en la antigua Java dominaba desde hacía siglos una mezcla ecléctica de hinduismo, budismo mahayana y animismo local. Prácticamente todos los grandes monumentos que aportan a Indonesia sustanciales ingresos turísticos son preislámicos. La llegada de los holandeses a principios del siglo xvii ayudó a bloquear cualquier transformación árabe-musulmana profunda. Así, incluso hoy, los javaneses se dividen entre musulmanes «modernos» (principalmente urbanos), que no tienen paciencia con el sincretismo y la superstición, musulmanes «tradicionalistas» (principalmente rurales), cuya perspectiva es nacionalista y sincrética, y musulmanes «estadísticos», que se circuncidan, casan y entierran de acuerdo con los ritos musulmanes, pero cuya verdadera fe sigue mostrando vestigios de la perspectiva religiosa de la antigua Java. En 1955, los nacionalistas laicos y los comunistas competían por los votos de los musulmanes «estadísticos», mientras que los votantes musulmanes activos se dividían entre tradicionalistas y modernos.

El gobierno salido de las elecciones era necesariamente inestable, débil e incapaz de frenar la expansión del caudillismo en las islas Exteriores*, que

* Término utilizado por algunas fuentes para referirse a las islas del archipiélago indonesio que no son Java ni Madura. Otras fuentes, sin embargo, utilizan el término para referirse a

cada vez asumía más características etnolingüísticas locales. Entre bambalinas, la CIA, alarmada por la sorprendente fuerza electoral de los comunistas y por la retórica antiimperialista del presidente Sukarno, buscaba una gran rebelión que pudiera librarse de Sukarno e instaurar un régimen de derecha respaldado por el Ejército. En marzo de 1957, se declaraba en el país la ley marcial. En el otoño se rompieron las relaciones entre el centro y la oposición de las islas Exteriores.

Al mismo tiempo, Sukarno, cada vez más enfurecido por la obstinación holandesa de aferrarse, con apoyo estadounidense, a Nueva Guinea Occidental, decretó la nacionalización de todas las empresas holandesas y la expulsión de casi todos los ciudadanos holandeses. El Alto Mando, aprovechando las competencias que le atribuía la ley marcial, se hizo cargo del enorme galimatías de fábricas, bancos, empresas de exportación e importación, minas, transportes y plantaciones holandesas, y enseguida se movió para inmovilizar a los sindicatos adjuntos, dominados por los comunistas. De un golpe, el Ejército se incautó así de casi todo el sector «avanzado» de la economía y usó estos recursos para ganar la guerra civil que estalló a comienzos de 1958, a pesar de la fuerte ayuda de la CIA a los rebeldes. La mayoría de estas empresas fueron parceladas y mal gestionadas o efectivamente saqueadas, aportando una gran contribución a la crisis económica que deshizo la Democracia Guiada de Sukarno.

Como ya se ha señalado, Suharto tenía muchos más recursos que ofrecer que su predecesor, mientras que el abrumador poder político ayudó al Ejército a construir un enorme y ruinoso imperio económico independiente del presupuesto nacional, a menudo con la cooperación de magnates chinos. No fue, sin embargo, un imperio efectivamente centralizado, ya que el Ejército organizaba territorialmente hasta la aldea, y cada nivel depredador creaba sus propias fuentes de financiación. Además, las empresas privadas más grandes fueron obligadas a aceptar «unidades de seguridad», supuestamente para protegerlas de unas convulsiones laborales apenas existentes, pero en realidad como agentes de una extorsión sistemática y jerárquica.

Pero esto no fue todo, ni mucho menos. Durante las dos primeras décadas del gobierno de Suharto, los oficiales militares fueron «catapultados» a todos los ministerios estatales y paraestatales, y generales y coroneles ocuparon los cargos más importantes de la burocracia civil territorial. Las fuerzas armadas disponían en el Parlamento de un gran bloque elegido por Suharto y dominaban la maquinaria electoral, Golkar, que siempre ganó las elecciones sin dificultad. Quizá lo más importante de todo fue que el cuerpo de oficiales estaba en esencia por encima de la ley. Ni un solo alto mando fue sometido a juicio por corrupción o abuso de poder, y mucho menos por asesinato.

todas las islas del mismo excepto Java, Madura, Bali y Sumatra; otras fuentes todavía afirman que se refieren a todas excepto Java y Bali o excepto Java, Madura y Bali. [N. de la T.]

Sin embargo, como también hemos visto, a mediados de la década de 1980 los últimos veteranos de la revolución se habían retirado, sustituidos por antiguos cadetes de la Academia Militar. Éstos se habían adaptado plenamente al régimen, pero no habían conseguido un solo momento de «gloria», y ni un solo general de la nueva generación disfrutó de prestigio público independiente. Después de que cayese Suharto y Habibie pusiera fin a la estricta censura del orden anterior, los medios de masas comenzaron a llenarse de devastadoras noticias sobre las fechorías y la brutalidad del Ejército.

El movimiento popular antimilitar tuvo durante un breve tiempo fuerza suficiente como para librarse del bloque militar designado en el Parlamento y devolver buena parte de la burocracia a manos de civiles¹¹. Pero otros legados de Suharto han permanecido. El cuerpo de oficiales sigue estando en gran medida por encima de la ley, la organización territorial del Ejército no se ha deshecho y, tras las enormes pérdidas sufridas en la crisis financiera de 1997, los soldados se aferran incluso más ferozmente a sus empresas extrapresupuestarias. Pero el drástico descenso del prestigio del Ejército y la calidad mediocre de sus mandos parecen descartar en un futuro predecible una vuelta al dominio militar.

Amnesia nacional

Dado que el legado cultural de Suharto es un asunto vasto y complicado, tiene sentido práctico centrarse aquí sólo en dos iniciativas políticas cruciales. La primera y más importante fue la introducción de un nuevo sistema ortográfico para el idioma nacional, inaugurado en 1972-1973. Oficialmente, esta política se justificó como modo de abrir un mercado de impresión común con Malasia. Pero el verdadero motivo era el de marcar una ruptura decisiva entre lo escrito bajo la dictadura y todo lo escrito antes. Sólo había que leer el título de un libro o panfleto para saber si era espléndidamente moderno o un residuo irrisorio del sukarnoísmo, el constitucionalismo, la revolución o el periodo colonial. Cualquier interés por los materiales de la vieja ortografía era automáticamente sospechoso. El cambio fue lo bastante grande como para convencer con facilidad a los jóvenes de que los «viejos» materiales impresos eran demasiado difíciles de descifrar y, por lo tanto, que no valía la pena molestarse con ellos¹².

¹¹ Este éxito fue posible en parte gracias al apoyo de los partidos políticos, ansiosos por cubrir los escaños parlamentarios dejados vacantes por los soldados.

¹² Desde finales del siglo XIX, el régimen colonial había intentado con éxito relativo crear una ortografía estándar para el malayo/indonesio basada en las normas ortográficas holandesas. El movimiento revolucionario adoptó una forma simplificada de este sistema ortográfico colonial sustituyendo, de manera muy sensata, la extraña «oe» holandesa por «u». Un ejemplo sencillo demostrará lo alcanzado por la «Nueva Ortografía Mejorada» de Suharto: «Busco una chaqueta especial», en otro tiempo *saja tjari djas chusus*, se convirtió en *saya cari jas khusus*.

El resultado efectivo fue una especie de obliteración histórica tal que el conocimiento de la historia del país por las generaciones más jóvenes procedía en gran medida de las propias publicaciones del régimen, en especial de los libros de texto. No hace falta decir que las décadas de actividad anticolonial contra los holandeses desaparecieron en gran medida. La revolución cambió su nombre por el de Guerra de Independencia, en la que sólo los militares desempeñaron funciones significativas. El periodo posrevolucionario de la democracia constitucional fue abruptamente rechazado como la creación de políticos civiles, que imitaban estilos occidentales en lugar de indonesios. Todo esto tenía algunos aspectos cómicos. Por ejemplo, la valiente pero desesperada rebelión comunista contra el régimen colonial holandés en 1926-1927 fue descrita como la primera de una serie de traidoras conspiraciones comunistas que culminaron el 1 de octubre de 1965.

En la década posterior a la caída de Suharto, se ha producido cierta tentativa de reescribir estos libros de texto, pero en general predomina la inercia. Muchos libros antes prohibidos se han reeditado (anacrónicamente, en la ortografía de Suharto), pero su mercado se limita básicamente a estudiosos e intelectuales. La ignorancia general del pasado es probablemente mayor que en cualquier momento del pasado siglo.

La segunda política, relacionada con la primera, se refiere a la minoría china de Indonesia. Muy poco después del 1 de octubre, los medios de comunicación del régimen afirmaron que los cerebros del «intento de golpe comunista» habían recibido un gran cargamento clandestino de armas de la RPCH, y que el presidente del partido, D. N. Aidit, había actuado a requerimiento de Pekín. Siguió el saqueo de la embajada China y la suspensión de relaciones diplomáticas hasta 1990. Bajo Sukarno, la única organización política sustancial de la minoría china, conocida como Baperki, había sido firme partidaria del presidente, que disfrutaba de excelentes relaciones con Pekín. El Baperki se había alineado también con el Partido Comunista y los nacionalistas laicos de izquierda. Esta organización fue después prohibida, muchos de sus líderes encarcelados y un número significativo de chinos ordinarios asesinados.

Suharto profundizó esta política prohibiendo los colegios chinos y cualquier uso de la caligrafía china, e imponiendo el cambio casi obligatorio de los nombres personales chinos por apelativos de aspecto más indonesio. Ni que decir tiene que la justificación de todo esto fue que había que asimilar mejor a los chinos y que se convirtieran en otros ciudadanos indonesios más. Pero, en realidad, los chinos quedaron casi por completo excluidos del poder político. La discriminación fue abundante y sistemática en las universidades, la función pública y las fuerzas armadas. A lo largo de los 32 años de dictadura, sólo un chino llegó a ministro, y esta figura, nombrada sólo dos meses antes de la caída de Suharto, era un notorio capitalista secuaz suyo.

Por otra parte, desde el punto de vista económico y financiero, Suharto se rodeó de un pequeño grupo de magnates chinos que, además de servirle

de vendedores ambulantes, construyeron imperios empresariales enormes y prósperos. (Algunas de estas personas, oliendo los vientos, empezaron a transferir sus activos a Singapur, Hong Kong, Australia y otras partes varios años antes del desplome de 1997.) La política le convenía al manual del dictador, quien respetaba la inteligencia china y sabía que la riqueza de los chinos no podía convertirse en un poder político peligroso. Los indonesios «nativos» eran otra historia.

Por debajo del nivel de los capitalistas amigos y corruptos, los chinos, enfrentados a la exclusión de la mayoría de las demás opciones aparte de la práctica privada de la medicina y la abogacía, se concentraron con energía en el comercio e inflaron las filas de una clase media ya tímida. La concentración se hizo tan grande que interiorizaron en parte el viejo estigma de ser «animales económicos». Pero se dieron unas cuantas excepciones impresionantes: Soe Hok Gie, un destacado estudiante opuesto al Partido Comunista y al régimen populista y autoritario de Sukarno, fue el único a finales de 1960 que denunció en público las masacres de 1965-1966; el abogado protestante Yap Thiam Hien fue tan valiente en la defensa de los derechos humanos que acabó convertido en icono nacional. Dede Oetomo, al volver de sus estudios superiores en Estados Unidos, tuvo la valentía de anunciar que era «gay» y durante dos décadas trabajó sin descanso para ayudar a las víctimas del sida y aumentar los derechos cívicos de gays, lesbianas y transexuales. El dramaturgo Riantiarno se atrevió a escribir y poner en escena obras y musicales con tintes políticos, que pronto eran prohibidas. No obstante, las políticas de Suharto hicieron a los chinos más vulnerables que nunca a la envidia y el odio populares, y su caída estuvo marcada por salvajes revueltas antichinas en Yakarta y en la vieja ciudad real de Surakarta.

¿Y después de Suharto? Políticamente, los chinos no tienen un vehículo político propio, aunque son económicamente importantes para todos los grandes partidos actuales. Sólo dos chinos, que yo sepa, han ocupado el cargo de ministros de gobierno. El más importante, Kwik Kian Gie, fue rápidamente cesado por su honradez personal y sus contundentes ataques contra la corrupción, en general, y las actividades de los tenaces capitalistas chinos próximos al régimen, en particular. La discriminación sigue siendo generalizada. Los jóvenes chinos saben todavía menos de la historia indonesia que sus homólogos «nativos», y eso es aplicable también a la historia de los chinos en Indonesia. Muchos padres, todavía traumatizados por sus experiencias durante el régimen de Suharto, intentan enviar a los jóvenes a estudiar al extranjero, a menudo con el sueño de seguirlos en la emigración permanente. Un cambio notable, sin embargo, es que no ha habido ninguna revuelta antichina significativa en los pasados diez años, que, por lo demás, han contemplado mucho derramamiento de sangre interétnico e interreligioso. Pienso que la explicación irónica es que la minoría china, quizá un 1 por 100 de la población y dispersa por el archipiélago, es demasiado pequeña para importar en la política electoral abierta en la que estos conflictos mayores están implicados; bajo

Suharto, con su rígido control de la esfera pública, los chinos se consideraban los objetivos menos peligrosos para la ira y el resentimiento social.

Los hijos de 1965

El partido comunista, como hemos observado, quedó completamente destruido: física, política y moralmente. Los supervivientes de más edad, con años de encarcelamiento, no se ponen de acuerdo sobre qué ocurrió en 1965 o a quién debería responsabilizarse. Nadie, ni siquiera en el extranjero, ha intentado realizar un análisis serio de la historia posrevolucionaria del partido. Hasta hoy, los antiguos miembros de cualquier organización controlada por los comunistas y sus familias tienen que llevar un documento de identidad que marque este estigma. La mayoría son muy pobres, habiendo perdido todas sus propiedades después de 1965. Están excluidos de muchas ocupaciones significativas, de las instituciones educativas, de la burocracia y del parlamento.

Hasta el final mismo del régimen de Suharto, sus servicios militares y de espionaje siguieron advirtiendo, en términos amenazadores, de la existencia de un «Partido Comunista latente» y, de manera más idiosincrásica, de una peligrosa «organización sin organización». En apariencia inconscientes, incluso hoy, de la caída de la Unión Soviética y de los regímenes comunistas de Europa oriental, y del éxito delirante de los «partidarios de la vía capitalista» en China, los generales de derechas y las organizaciones musulmanas «modernas» siguen discursando sobre las conspiraciones comunistas. Nadie sabe cuándo acabará esta interminable persecución.

No obstante, están ocurriendo cosas interesantes. Durante su breve presidencia al principio de este siglo, Abdurrahman Wahid, el independiente y carismático líder de los musulmanes «tradicionalistas», se pronunció con firmeza a favor de la reconciliación *à la* Mandela y del fin de la estigmatización. Incluso pidió al Parlamento que eliminase la prohibición constitucional del marxismo y de los escritos marxistas. Sus muchos enemigos se aseguraron de que esta solicitud se rechazase, pero la prohibición ya no se aplica seriamente. Hoy se encuentran en las librerías muchos libros sobre el marxismo y de comunistas muertos, como D. N. Aidit, ejecutado sumariamente hace cuarenta y tres años. La caída de Suharto ha abierto el camino a muchas publicaciones que afirman —a veces con pruebas, a veces basándose en el rumor y los signos místicos— que el verdadero cerebro del 1 de octubre de 1965 fue el propio Suharto. Estos textos circulan con bastante libertad.

La evolución más sorprendente se ha producido en un lugar inesperado: entre los jóvenes intelectuales y activistas sociales del «islam tradicional», que en muchos aspectos están demostrando ser mucho más modernos que los «modernos». Siguiendo el ejemplo de Wahid, se les puede ver, incluso en áreas rurales remotas, visitando y ayudando a viejos comunistas empo-

brecidos y a sus familias. Dicen que están haciendo este trabajo como reparación por la conspicua y feroz participación de sus mayores en las masacres de 1965. No hace mucho, en la antigua capital republicana de Yogyakarta se celebró una reunión amistosa entre mujeres del sector islámico tradicionalista y mujeres supervivientes del bando comunista. Las musulmanas escucharon comprensivamente a las ancianas comunistas que hablaban de sus sufrimientos en 1965 y más tarde. Todo iba bien hasta que una de las víctimas empezó a describir con detalle cómo la violaron y la torturaron. En ese punto, una de las jóvenes musulmanas se levantó con el rostro pálido, murmuró unas palabras ininteligibles y se desmayó. Más tarde resultó que por la descripción había podido identificar al sádico: era su padre.

Es posible, probable de hecho, que Wahid, un político muy astuto, tomara sus iniciativas con la idea de conseguir votos de las familias ex comunistas¹³. Sabía que a los musulmanes modernos y a la maquinaria electoral residual de Suharto no les interesa —por decirlo suavemente— este electorado. También creía que el renacido partido nacionalista laico, suponiendo que las víctimas no tenían otra parte adonde ir, sentía que no necesitaba hacer llamamientos ni concesiones. La líder de su partido, Megawati (los bromistas la llaman Miniwati), hija de Sukarno, ha repudiado el legado ideológico del padre y despliega un punto de vista profundamente conservador y pequeñoburgués. Todo esto significa que no hay un partido político serio que represente nada remotamente de izquierdas. Y tampoco hay una posibilidad inmediata de que esta situación cambie, en especial dado el ambiente internacional actual.

La vieja base social del Partido Comunista ha cambiado enormemente en los pasados cuarenta años. La población trabajadora fabril se ha vuelto —por razones bien conocidas— muy feminizada y basada en contratos de trabajo cortos. La organización es muy limitada y la antigua división social en líneas casi religiosas se mantiene. Las mentalidades corporativistas siguen dominando en la burocracia. Probablemente sea revelador que uno de los héroes modernos de los trabajadores sea una heroína, una valiente sindicalista de Java oriental que fue violada y asesinada por el ejército local por oponerse de manera persistente y manifiesta a sus emplea-

¹³ Probablemente, un cálculo similar estaba tras su espectacular decreto (emitido cuando todavía era presidente) de que el Año Nuevo chino, conocido localmente como Imlek, fuese a partir de ese momento fiesta nacional. Durante la mayor parte del periodo de Suharto, las celebraciones públicas del Imlek estuvieron prohibidas. Tal vez sorprendiera a Wahid que su decreto tuviese una magnífica acogida, no sólo entre los chinos sino especialmente entre los jóvenes indonesios no chinos. No cabe duda de que las películas de Hong Kong, Taiwán y, más recientemente, la República Popular China, y la publicidad, las series y los documentales de viajes televisivos, han influido mucho. Lo que en la década de 1950 se consideraba expresión cultural de un grupo étnico a menudo menospreciado, se ve ahora como parte de una cultura general del espectáculo y del turismo. En los viejos tiempos era común que los chinos ricos contratasen a jóvenes y pobres no chinos para bailar la famosa danza del león. La práctica se ha recuperado, pero con un espíritu de diversión festiva de estilo carnavalesco.

dores y a sus «unidades de seguridad». Los campesinos siguen, pero la presión poblacional, el robo de tierras y las atractivas sugerencias de los medios de comunicación de masas han llevado a muchos ellos, en especial los jóvenes y activos, a las ciudades. Las organizaciones campesinas son pequeñas y débiles. Al final de la era de Suharto y en los años inmediatamente posteriores a la caída del dictador, se fundaron muchas ONG entusiastas e idealistas (toleradas hasta cierto punto por las autoridades, por su pequeño tamaño). Pero la vuelta de los partidos políticos al poder y la celebración con éxito de una serie de elecciones libres desde 1999 han llevado a muchos miembros de las ONG a participar en los partidos políticos convencionales. Otras dependen demasiado de «patrocinadores» ignorantes y satisfechos con la tendencia del norte como para ser capaces de realizar un trabajo muy creativo.

¿Latencia?

Algo dice el que, en 2007, Indonesia se citara a menudo como la sociedad más abierta y democrática del Sudeste asiático. La competencia no era excesiva: Tailandia bajo un régimen militar, interminables regímenes autoritarios en Birmania, Laos, Malasia, Vietnam y Singapur, y el régimen escandalosamente corrupto y violento de Gloria Arroyo Macapagal en Filipinas. Con la melancólica ayuda del tsunami, en Aceh se hizo la paz, y un ex rebelde inteligente y pacífico es ahora el gobernador de la provincia. Quizá agotadas por el derramamiento de sangre de años anteriores, las Molucas están bastante calmadas. Se han hecho concesiones a los papuanos. La importante ley de descentralización, aprobada por el Parlamento en la cumbre de la corta oleada de «reformas» que siguió a la caída de Suharto, ha traspasado el poder y el dinero a las elites regionales, a quienes los escépticos denominan mini Suhartos. El extremismo islámico es una fuerza gastada. La prensa es bastante libre, aunque en su mayoría conservadora.

Pero hay otro fenómeno que debe resaltarse. El sistema educativo indonesio es hoy en su mayor parte un lúgubre pantano. Hasta quizá comienzos de la década de 1960, los maestros de Primaria y Secundaria, aun estando muy mal pagados, eran figuras locales respetadas, en parte por su enérgica participación en la superación del analfabetismo generalizado y en parte por las contribuciones que muchos habían hecho al movimiento nacionalista en la era colonial. La palabra cotidiana para «maestro», *guru*, todavía tenía una impresionante aura tradicional. Durante las masacres de 1965 y 1966, el grupo ocupacional en proporción más golpeado fue el de esos maestros de Primaria y Secundaria. Sus sustitutos de emergencia fueron una masa de lugareños y lugareñas carentes de interés y de preparación que querían a toda costa un puesto de funcionario y que, por supuesto, eran completamente leales al régimen que los contrató. Fue esta falange la que realmente provocó el miasma generalizado de la corrupción funcional en las escuelas: soborno, «dinero de té», malversación de los presupuestos de los colegios, etcétera.

Esta generación se ha jubilado por fin, pero son responsables de la contratación de sus sucesores. (A menudo he preguntado a jóvenes a cuál de sus profesores de instituto recuerdan con afecto o admiración. Por lo general, la reacción es de incredulidad ante mi ingenuidad.) Suharto no tenía tiempo para los estudiantes, pero fomentó la expansión de cientos de fábricas de diplomas que aumentaron el desempleo. Incluso en las mejores universidades, hace tiempo que ha dejado de comentarse el absentismo de los profesores: actividades complementarias, especulación inmobiliaria, «proyectos de investigación» basura financiados por el Estado son los atractivos habituales. No hay mejor prueba del legado educativo de Suharto que el que la elite política envíe incluso a sus hijos más torpes y antisociales a que los domine y los instruyan en el extranjero. Esto no significa que el país carezca de jóvenes muy inteligentes, sino que muchos de ellos son en parte autodidactas y dependen más unos de otros y de Internet que de sus profesores.

Uno de los *bons mots* más sarcásticos de Winston Churchill era «mientras haya muerte, hay esperanza». Cada año, el número de jóvenes que sólo recuerdan vagamente o que no recuerdan en absoluto cómo era el *Neue Ordnung* de Suharto crece a buen ritmo. Es agradable que, después de medio siglo, Pramoedya Amanta Toer haya encontrado sucesor. El joven sudanés Eka Kurniawan ha publicado dos novelas asombrosas en la pasada media década¹⁴. Si se consideran sus argumentos y personajes a menudo espantosos, se podría decir que no hay esperanza. Pero la tremenda belleza y elegancia de su lenguaje, y la exuberancia de sus imágenes, proporcionan la enorme alegría de ver los primeros copos de nieve levantar sus pequeñas cabezas hacia un cielo invernal.

¹⁴ Eka, gran admirador de Pramoedya, escribió su gran tesis académica, publicada hace tiempo, sobre la compleja relación del escritor con el «realismo socialista». Las dos novelas son *Cantik Itu Luka* [«Hermosa», una herida] (2002) y *Lelaki Harimau* [Tigre hombre] (2004). La primera es una enorme recapitulación surrealista, bastante extraña, del pasado medio siglo de historia indonesia ambientada en una especie de Macondo situado en algún lugar de la costa sur de Java. La segunda es una brillante, bien tejida y terrorífica tragedia de aldea, también ambientada en algún lugar de ese árido litoral. Tengo entendido que ambas novelas empiezan a traducirse a otros idiomas.